

sólo os lo prometo, sino que os lo juro delante del ministro de Dios, ser para mi hermano lo que deseais que sea.

—Ahora ya he cumplido mi mision. ¡Dios te bendiga, hijo mio! Ven á mis brazos, ven y pidámosle al cielo que nuestra separacion de hoy no sea eterna.

Diego cayó en los brazos de su padre, y fray Juan Perez de Marchena, profundamente conmovido, dió á aquellos dos séres, que se arrodillaron ante él, su bendicion, pidiendo al mismo tiempo al cielo que colmase sus votos, porque eran merecedores de la proteccion divina.

Al dia siguiente partió Diego muy de madrugada, despues de estrechar nuevamente á su padre en sus brazos, y se dirigió con Matías Sampayo á Baeza, en donde pudo ver por la vez primera á su hermano y cumplió los deseos de Colon.

Despues partió á la córte, y no tardaremos en seguirle allí, porque al poco tiempo de su llegada tuvo ocasion de prestar un inmenso servicio al rey don Fernando, pagándole de aquel modo los beneficios que habia dispensado á su padre, y cumpliendo al mismo tiempo los preceptos que éste le habia dado en la celda del prior de la Rábida.

Tranquilo y satisfecho Colon por haber cumplido un deber de conciencia, confiando en Dios, y lleno de fé en su empresa, se dispuso á partir del puerto de Palos, para llevar á cabo el pensamiento más glorioso del siglo XV.

Capítulo XLV

Un nuevo personaje.

El dia 1.º de Agosto de 1492 notábase gran animacion en el puerto de Palos.

No solo los Pinzones, que con tanto entusiasmo habian acogido el pensamiento de Colon, y que tan vivos deseos tenian de llevar á cabo con él tan arriesgada empresa, sino los que impresionados por el gran marino habian resuelto acompañarle, mostrábanse animados de un entusiasmo inconcebible entre personas que algunos dias ántes habian llevado su indignacion contra el proyecto que entónces aclamaban, hasta el extremo de conspirar contra la vida de Colon.

Pero éste habia tenido ocasion de hablarles, no solamente de sus proyectos, sino de sus esperanzas.

Les había indicado las razones en que apoyaba la realización de sus planes, y su poderosa y elocuente voz había conseguido despertar en el gastado corazón de aquellos hombres el sentimiento de la gloria, que es el que convierte á los hombres en héroes.

Ya estaba todo dispuesto.

Las carabelas la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* se balanceaban suavemente, mecidas por las ondas del mar, y aguardaban á que los valerosos marineros se albergasen en ellas para emprender la marcha y llevarlos al triunfo.

Si para los que debían tomar parte en la expedición, era aquel día de júbilo y entusiasmo, para las esposas de los marineros, para los habitantes del pueblo que debían quedarse allí, era de tristeza y de luto.

Admirable era la fé que animaba á los marineros; pero ¿realizarían sus esperanzas?

¿No irían á entregarse á una muerte segura en medio de la soledad del Océano, en donde no podrían escuchar en los momentos de la agonía las consoladoras palabras de la religión?

¿No podrían al cabo de algún tiempo las amantes esposas convertirse en desgraciadas viudas, en tristes huérfanos los adorados hijos?

No había más remedio.

El tiempo volaba, y se acercaba uno de los más gloriosos momentos de la historia del mundo.

Colón no había ocultado, sin embargo, á los que debían acompañarle, los peligros que iban á correr.

Podían muy bien ser infundadas sus conjeturas, y de no serlo, era también posible que, al encontrar los países que buscaba, hallasen en su seno poderosos enemigos, con los que tendrían que luchar brazo á brazo, y acaso perecer.

Pero cuanto más difícil presentaba su empresa, cuanto más arriesgada parecía á los ojos de aquellos hombres la aventurera expedición que iban á emprender, mayor era el denuedo y el entusiasmo de su alma; porque en los pechos españoles las dificultades, los obstáculos, son un poderoso incentivo, y desafiar el peligro es uno de los mayores goces de los que han nacido bajo el hermoso cielo de nuestra patria.

Colón no había ocultado á sus compañeros el generoso sentimiento que le impulsaba á llevar á cabo su empresa: la propagación de la fé cristiana.

—Es necesario,—dijo á sus amigos,—que al confiar nuestra vida al proceloso mar, seguros del amparo de la Providencia, llevemos nuestras almas limpias de todo pecado.

Antes de partir oiremos todos una misa, y para oirla, habremos confesado y comulgado.

Para dar el ejemplo, al día siguiente confesó con el prior de la Rábida.

Aunque hacía mucho tiempo que no tenía noticias de su familia, sabía, sin embargo, que vivían dos hermanos suyos, Bartolomé y Diego, y á pesar de las vicisitudes porque había pasado, no se había borrado su recuerdo de su memoria.

Podia muy bien suceder que despues de realizar sus propósitos, ó en lucha, ó por efecto de una enfermedad perdiese la vida, quedando á sus hijos, y sobre todo á Diego que era el mayor, el derecho que correspondia á su padre de los descubrimientos.

—Si la fortuna me favorece en mis deseos,—dijo á fray Juan Perez de Marchena,—y al mismo tiempo la desgracia me priva de disfrutar el premio de mi empresa, sed siempre un buen consejero para mi hijo; fomentad en su alma el cariño que yo he sembrado para su hermano, y sobre todo haced que no se olvide de sus tios, que no han de estar en buena posicion y necesitarán de su auxilio.

Hechas estas recomendaciones, escribió varias cartas.

Una á fray Pedro Antunez, otra al arzobispo de Toledo y otra á Santangel.

Terminada esta tarea, pasó la noche del día 1.º de Agosto, conversando con el prior, con Martin Alonso Pinzon, y con el médico Fernandez.

—Bien sé,—les dijo,—cuál es el rumbo que debo tomar, y aunque de poca consistencia las embarcaciones de que puedo disponer, me agradan en extremo, porque la pequeñez de sus cascos es ventajosa en los viajes de exploracion, toda vez que, gracias á esta circunstancia, puedo con ellas acercarme á los rios y calar en los puertos más pequeños. Pero de cualquier modo, el viaje que voy á emprender está lleno de aventuras, y yo deseo no olvidar ningun dato, no desperdiciar ningun descubrimiento, para que, los reyes

mis señores, puedan saber detalladamente todo lo que nos ha pasado.

—La idea es excelente,—dijo el superior del convento.

—Yo haria una memoria; pero aglomerando en ella los sucesos, no será tan fácil comprender las peripecias de nuestro viaje.

—¿Por qué no haceis un diario de vuestras impresiones?—dijo el médico Fernandez á Colon.

—Esa proposicion me parece oportuna.

—Apuntando todas las noches lo que veais durante el dia, lo que os suceda en el viaje, conseguis vuestro objeto.

—Repito que es una idea excelente, y he de ponerla en práctica.

Gracias á esta idea, aceptada de buen grado por Cristóbal Colon, conservamos hoy un diario detalladísimo de todas las impresiones del ilustre marino en su primero y célebre viaje; dándonos á conocer, no sólo los caracteres y los datos de los hombres que le acompañaban, sino los sentimientos y las ideas de Colon, y la descripcion completa de todo cuanto vieron sus ojos en aquella epopeya en la que verdaderamente desempeñó el papel de héroe.

Serian las nueve de la noche.

Ya se habian retirado los amigos de Colon que habitaban en Palos y los monges se habian recogido, cuando un jóven, cubierto con un tabardo, llamó á las puertas del convento, y manifestó vivos deseos de ver á Colon.

—¿Quién sois, hermano?—le dijo el lego portero del convento.

—Uno de los que deben acompañar á Colón en su viaje, y necesito verle porque tengo que comunicarle órdenes secretas.

El lego entró en la celda que ocupaba el marino, y le sorprendió porque estaba sentado sobre un sillón con la cabeza apoyada en las manos, meditando en la empresa que al día siguiente iba á empezar á acometer.

—¿Qué quereis, hermano portero?—dijo al lego.

—Acaba de llegar un jóven que desea hablaros.

—¿Quién es?

—No ha dicho su nombre.

—¿Y qué objeto le guia hasta aquí?

—Me ha indicado que es uno de los que deben acompañaros en la expedicion, y que desea comunicaros órdenes secretas.

—¿Órdenes secretas? ¿De dónde? ¿Vos no le conocéis?

—No, y eso que conozeo á casi todos los que deben acompañaros, porque son muy señalados todos, y yo soy buen fisonomista.

—Haced que pase.

El portero se retiró, y volvió á poco con el jóven que deseaba ver al ilustré marino.

—¿Puedo saber,—dijo Colon al recién llegado,—cuál es el objeto de vuestra venida?

—Tengo que hablaros á solas,—dijo el jóven.

Y se desembozó, mostrando un rostro que á

lo sumo representaba de diez y seis á diez y siete años.

Todavía no apuntaba el bozo sobre su lábio superior.

Colon hizo una seña al portero para que le dejase solo con el recién llegado, y mostrando un taburete al jóven:

—Hablad,—le dijo.

—Vais á partir á un viaje muy largo. O un triunfo glorioso ó una muerte horrible, han de ser, por fuerza, el resultado de tan arriesgada empresa.

Yo soy jóven, huérfano, vivo desesperado, y he tomado un pretexto para acercarme á vos; he dicho que era uno de los que estaban alistados para seguirnos y que traia órdenes secretas que comunicaros. Esto no ha sido más que un ardid para llegar á vuestra presencia, y una vez en ella os pido mil perdones por mi atrevimiento, y os suplico encarecidamente que me lleveis á vuestro lado.

—¿Sabeis lo que deseais, jóven,—dijo Colon, mirando con asombro á aquel niño que demostraba en su voz y en sus maneras la mayor sinceridad.

—Sí; sé que puedo á vuestro lado conquistar inmarcesible gloria para mi oscuro nombre, ó perecer con voz.

Sin recursos; sin amparo, con un corazón que comprende todo lo grande, todo lo generoso, he creído que hallaria compasion en vuestra alma, y por eso he venido.

—Yo admiro tanto ardimiento y una energía de

carácter tan grande en un joven como vos; pero no puedo aceptar vuestros servicios: es de todo punto imposible que me acompañeis.

—¡Oh! ¡por piedad! no me arrebatéis esta esperanza que me sostiene. Yo necesito á toda costa acompañaros.

—Reflexionad un instante acerca de los peligros que os exponéis á correr, y contentaos con que yo estreche vuestra mano, y despues de felicitaros por las nobles cualidades que revelan vuestras palabras, os despida, deseando hallaros á mi vuelta, para poder seros útil en algo.

Cuantos ruegos empleó el joven para obtener de Colon la gracia que esperaba, fueron inútiles.

—Pues bien,—dijo sin perder la esperanza,—yo confio en que cuando sepais el secreto que aqui me trae os apiadaries de mí. Miradme bien: no soy lo que parezco; soy una mujer desdichada que implora vuestra proteccion para que le ayudeis con ella á castigar al hombre infame que ha labrado mi eterna deshonra.

Inmenso fué el asombro de Colon al oír la inesperada declaracion de aquella mujer que con aquel disfraz se habia presentado á su vista.

—Explicaos,—dijo.

—Si; yo estoy dispuesta á abrir mi corazón, á confiaros mi secreto, á revelaros mis desventuras. Oid: hace poco llegó al puerto de Palos un caballero de Sevilla, llamado don Alonso Velez de Mendoza.

—En efecto, es uno de los que voluntariamente se prestan á seguirme.

—Ese hombre es un infame.

—¿Qué decís?

—Sí; un infame, porque infame es el hombre que abusando de la inocencia de una mujer que abre su corazón á la vida, arroja en su alma el veneno del desengaño y del olvido.

Mi padre era un honrado mercader de Sevilla. A los pocos años de nacer yo murió mi madre, y el autor de mis dias se consagró á hacer mi felicidad. Nada me faltaba á su lado; todo me sonreia; podia considerarme como una de las mujeres más dichosas del mundo. Pero, ¡ay! conocí á ese hombre, tendiéndome una red con sus halagos, se apoderó por completo de mi corazón, yo fui débil, culpable. Faltando á mi deber y á la lealtad que debia á mi padre, le abrí una noche las puertas de mi casa, y en ella estaba, cuando sorprendido por el autor de mis dias, apagó la luz de la habitacion en que estábamos, y sacando su espada para defenderse, luchó con él y le mató en la lucha.

Todavía me parece escuchar la voz de mi anciano padre, maldiciéndome en su agonía.

—¿Y vuestro amante qué hizo?

—Cogiéndome de una mano, me sacó de la habitacion en donde estábamos, me llevó á la calle y me condujo á una casa en donde habia una mujer ya vieja, que me recibió con una sonrisa diabólica.

—«Aquí estamos en salvo,—me dijo mi amante.—